

Sermon del Día de los Madres, 12 mayo 2024
St. Luke/San Lucas, Vancouver WA
Acts 1:15-17, 21-26; Psalm 1; 1 John 5:9-13; John 17:6-19

Que las palabras de mi boca,
Y la meditación de todos nuestros corazones,
Sean aceptables ante sus ojos,
Oh Señor, nuestro Creador y nuestro Sustentador.
Amén.

Cuando yo era niña, nuestra iglesia celebraba el Día de la Madre a lo grande. Muchas flores, plantas y cestas de regalo. Hubo premios para llevar a casa para la madre mayor presente, para la madre más joven presente, para la madre con más hijos, para la madre con el hijo menor. Hubo un premio especial para la familia con más generaciones representadas. Siempre tuvimos cuatro generaciones, ocasionalmente tuvimos cinco, y en una ocasión trascendental, incluso asistieron seis generaciones de una familia: ese día se llevaron a casa una gran canasta de regalos. No recuerdo nada de los sermones, pero la presentación del regalo está grabada en mi cerebro. Fue mucho, definitivamente exagerado.

En el otro extremo del espectro, también he experimentado el “aquí no celebramos el Día de la Madre”. No en la liturgia. No pertenece a la iglesia, y definitivamente no al púlpito. Exclusivo. En lugar de eso, prediquemos sobre la Ascensión.

Entonces, cuando comencé a preparar el sermón de hoy, me encontré buscando un enfoque diferente. Una forma inclusiva de reconocer a las madres. Muchas veces, cuando me quedo estancado, vuelvo a lo básico, en este caso, el diccionario.

La primera definición de madre, como era de esperar, es un sustantivo. Una mujer que ha tenido descendencia, una pariente femenina. Mujer que origina o crea algo. Todas estas definiciones eran muy sexistas y muy limitantes.

La segunda definición de madre es un adjetivo, un descriptor. Madre Hubbard, Madre Ganso, Madre Necesidad.

Pero luego viene la tercera definición, como verbo. En inglés, to mother. Ser el origen o fuente. Cuidar, proteger, nutrir. Sin género. Todo incluido. Depende de las elecciones que hacemos, de las acciones que emprendemos, no de algo externo a nosotros mismos. Esto parece más prometedor.

“Mientras estuve con ellos, los protegí en tu nombre que me has dado. Yo los protegí”. Estas palabras provienen de nuestro evangelio de hoy. Jesús pronunció estas palabras para describir cómo se preocupaba por sus discípulos y cómo les instruía a ellos (y a nosotros) que nos cuidáramos unos a otros.

Debemos nutrirnos unos a otros. Debemos amarnos unos a otros. Debemos protegernos unos a otros. Debemos compartir nuestros bienes entre nosotros. Debemos convertirnos en familia, padres, hermanos, unos para otros. Sed bondadosos y compasivos unos con otros, perdonándonos unos a otros, así como Dios, en Cristo, nos perdonó a nosotros. Oren unos por otros. Que no haya divisiones entre nosotros, sino que estemos perfectamente unidos en mente y pensamiento. Comparte nuestras cargas y nuestra alegría. Todos, todos y cada uno de nosotros, debemos ser madres de los de nuestra comunidad. Para nutrirlos. Amarlos, como Jesús nos ama a nosotros.

La Reverenda Grethe Barber, cuando nos estaba dando consejos sobre la predicación a quienes estábamos en formación, dijo que siempre dejáramos a las personas con una pregunta, algo en lo que puedan concentrarse durante la próxima semana, algo práctico e inmediato que puedan hacer. Y hoy les voy a dar dos.

Primero, me gustaría pedirles a cada uno de ustedes que dediquen unos minutos esta semana a pensar en aquellas personas en sus vidas que los han nutrido, que les han brindado fortaleza, orientación y, sí, amor. Puede ser un pariente, un padre, un hermano, una tía o un tío, un primo. O alguien no relacionado que dio un paso al frente y le brindó lo que necesitaba en un momento de su vida.

Esta semana murió una amiga mía, la embajadora Judith Garber. Judy era la oficial comercial superior cuando a mí me asignaron como oficial comercial junior. Ella podría haberme encargado todos los trabajos menores. Ella podría haberse llevado todo el crédito por nuestro trabajo (otros ciertamente lo habían hecho). Pero Judy era diferente. Judy, judía practicante, vivió su fe. Ella me enseñó a ser un buen oficial. Ella me brindó oportunidades para practicar y crecer en mis habilidades profesionales. Ella me animó y siempre, siempre destacó mis logros. Durante los casi treinta años de nuestra relación, profesional y personal, en el transcurso de múltiples puestos de trabajo diferentes, Judy siempre fue solidaria, cariñosa y, sobre todo, amable.

Una vez que haya identificado a su persona o, si ha sido bendecido, esa lista de personas que le han nutrido, apoyado, cuidado, dedica un momento a agradecer por ellas. Di una breve oración de acción de gracias. Si es posible, envíales una nota, un correo electrónico, tal vez una galleta de agradecimiento o flores. Sólo un pequeño reconocimiento del papel que han desempeñado en su vida.

En segundo lugar, piensa en alguien en su vida, en su comunidad, a quien pueda cuidar, cuidar y apoyar. Alguien a quien le vendría bien una palabra amable, un poco de aliento. Y toma medidas. Envía esa nota. Bríndeles esa mano amiga. Extiéndele y conéctale. Muéstrales amor como Dios nos ha amado.

¿Y por qué hacemos estas cosas? Porque Jesús nos lo dijo, sí, pero también para que, como dice nuestro evangelio, podamos tener el gozo de Jesús completo en nosotros. Jesús

quiere que experimentemos alegría y que la compartamos unos con otros. Entonces, este Día de la Madre, comencemos a compartir esa alegría reconociendo a quienes nos han nutrido y extendiendo la mano para ayudar a quienes nos rodean y que están necesitados.

Amén.